

alabanza, según expusimos en el Decálogo; 2º. la *piEDAD filial*, que obliga á prestar las atenciones, los afectos y las honras convenientes á aquellos que, después de Dios, son los autores de nuestros días, como padres, abuelos y parientes; 3º. la *obediencia*, que sujeta nuestra voluntad al igual que nuestro cuerpo á los superiores en el órden espiritual ó en el temporal; 4º. la *veracidad*, que veda engañar á los demás con maliciosas palabras; 5º. la *gratitud*, que impele á corresponder á los favores recibidos, por medio de nuestros sentimientos, actos y palabras, desde Dios hasta la más pequeña de las criaturas; 6º. la *amistad*, que inspira bienquerencia hácia todos aquellos que nos distinguen con ella.

Los vicios contrarios á la virtud de justicia son igualmente de dos clases, unos por exceso, y otros por defecto<sup>1</sup>. Pertenecen á los primeros la *superstición* y el *fanatismo*, que exageran y desnaturalizan el culto que á Dios se debe; la *usura* en los contratos, y la *prodigalidad*, que traspasan los derechos relativos á los bienes ajenos ó á los propios. Los segundos son la *irreligion*, á que se refieren la *impiedad* y el *indiferentismo*, la *dureza de corazón* y de *palabra* hácia los padres, la *desobediencia* á los superiores, la *ingratitude* á los bienhechores, la *mentira* hácia nuestros semejantes, la *enemistad* hácia los amigos, y en fin, para decirlo de una vez, la *injusticia* propiamente dicha, que se manifiesta de dos maneras: ó apoderándose del bien del prójimo, ó pagando menos de lo que se debe y exigiendo más de lo que se acredita, ó bien siendo demasiado rígido en reclamar derechos; pues en muchos casos se ha de atenuar la justicia con la compasión, por ejemplo: cuando un pobre no pudiere pagar en el acto lo que debe á menos de redundarle gran menoscabo, es racional y justo concederle un respiro, pues el negárselo sería excesivo rigor y aspereza.

Ya que á todos importa observar la justicia so pena de eterna condenación, necesario será conocer los medios de granjear esta virtud: estos medios son, 1º. la oración; 2º. el desapego de los bienes temporales; 3º. la limosna; 4º. la humildad, por cuanto el orgullo y el egoísmo son causales directos de la irreligion, del fraude y de todos los vicios contrarios á la justicia considerada en su mayor extensión.

La fortaleza es una virtud que nos hace superiores á los obstáculos que se atraviesan para practicar el bien y sufrir el mal<sup>2</sup>: su oficio primero es hacernos emprender y llevar á cabo con generosidad, despreciando estorbos y peligros, lo que se nos manda respecto á nuestros deberes para con Dios, para con nosotros mismos y para con el prójimo.

<sup>1</sup> D. Thom. 1, 2, q. 65, art. 4.

<sup>2</sup> Fortitudo est considerata periculorum susceptio et laborum perpessio. (D. Thom. 2, 2, q. 123, art. 2.)

Los cristianos y cristianas que diariamente vencen las repugnancias de la naturaleza, las cobardías del corazón y las seducciones del mundo y de la carne para observar el Evangelio, los religiosos y religiosas, los sacerdotes, los misioneros que se consagran al bien espiritual y corporal de los hombres, los soldados que arrostran fatigas, privaciones y hasta la muerte, son otros tantos modelos de fortaleza. Su segundo oficio es hacernos soportar cristiana y valerosamente sin murmurar las persecuciones, las calumnias, las injurias, las enfermedades, las penas íntimas y las tentaciones antes que ofender á Dios, hasta padecer muerte si conviniere para nuestra salvación; así que, bajo ese respecto, los Mártires son modelos acabados de la fortaleza.

Esta virtud es indispensable á todo cristiano. *El que lidia*, dice el Evangelio, *no es coronado si no lidiare según ley. El reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen lo arrebatan*<sup>1</sup>.

Las virtudes que nacen de la fortaleza aquilatándola, son: 1º. la *confianza*, por la que se hace cara á los peligros y se superan los obstáculos que ocurren en un negocio racional; 2º. la *magnanimidad*, que incita á hacer obras elevadas y dignas de grande honor; 3º. la *magnificencia*, que mueve á emplear noble y prontamente los medios necesarios para el buen logro de lo que se pretende; 4º. la *perseverancia*, que impele á obrar bien hasta el fin, á pesar de las dificultades que surgen por el camino; 5º. la *paciencia*, que hace llevar con calma y serenidad las aflicciones y enfermedades.

Opuestos á la fortaleza hay igualmente vicios de dos clases, por exceso y por defecto: por exceso, la *temeridad* y la *audacia*, que hacen arrostrar imprudentemente sin necesidad y sin cálculo los medios, peligros y obstáculos para el logro de algún objeto; la *arrogancia* y la *presunción*, que incitan á empresas superiores al propio esfuerzo; por defecto, el *miedo*, la *pusilanimidad*, la *cobardía*, la *pereza*, el *respeto humano*, que hacen retroceder ante los obstáculos y rendir las armas sin combate ó casi sin intentarlo.

Si queremos adquirir fortaleza, conforme tenemos obligación, es necesario acudir á los medios siguientes: la oración, la contemplación asidua de la vida y pasión de Nuestro Señor, de los Apóstoles, de los Mártires y de tantos otros héroes, modelos de valor en el trabajo y de resignación en las aflicciones.

La templanza es una virtud que modera el uso de los placeres de esta vida, y también una virtud que regula y circunscribe á justos límites el uso de las cosas que halagan los sentidos, en especial el gusto y el tacto<sup>2</sup>. El oficio de la templanza no es precisamente vedar

<sup>1</sup> II Tim. II, 5; Matth. XI, 12.

<sup>2</sup> Temperantia est virtus refrænans ac moderans inordinatos appetitus, et concupiscentias ac voluptates corporis quibus præsertim gustus et tactus afficitur. (Ferraris, art. *Virtutes*, n. 130.)

toda clase de placeres, sino moderar su uso con arreglo á la razon y á la ley de Dios. Insiguiendo esta nocion de la templanza, no hay persona que deje de reconocer su necesidad; y la obligacion de practicarla se halla escrita con los diversos nombres de mortificacion, abstinencia, continencia y sobriedad en cada página de la sagrada Escritura y de la vida del Señor y de sus Santos.

Las virtudes principales inherentes á la templanza son: la *abstinencia*, que modera el uso de los alimentos y el disfrute del comer; haciendo tambien guardar con puntualidad las leyes de la abstinencia y del ayuno establecidas por la Iglesia; la *sobriedad*, que limita el uso de las bebidas, en especial las espirituosas; la *castidad*, que contiene y ciñe á los límites del deber las tendencias al disfrute carnal<sup>1</sup>; el *pudor*, vergüenza virtuosa, que inspira hastío y aversion á las miradas, familiaridades y acciones capaces de ofender la castidad; la *modestia*, que mantiene el orden en los movimientos interiores y exteriores del hombre<sup>2</sup>; la *humildad*, que en la conviccion de la propia miseria nos achica á nuestros ojos, é impide sublevarnos contra el orden de la Providencia, haciendo que reframos solo á Dios el bien que podamos hacer; la *dulzura*, que enfrena los arrebatos del alma, la impide ceder á la violencia ó al enojo, la contiene en un estar afable y tranquilo, y le inspira en favor del prójimo una bondad inalterable; la *clemencia*, que atenúa en cuanto la razon permite la JUSTICIA EXTERNA, inclinando á mitigar las penas merecidas por los criminales y aun á perdonarles, ya en atencion á su arrepentimiento, ya por otros motivos legítimos.

Los principales vicios opuestos á la templanza son, por defecto: la *insensibilidad*, que consiste en privarse, contra la orden de Dios, de las cosas indispensables á la vida, á la salud y al desempeño de los deberes propios, por el recelo de ceder á la natural complacencia que los acompaña; pero es vicio poco comun, de manera que Nuestro Señor y los Santos nunca cesan de exhortarnos á la mortificacion. Por exceso: la *intemperancia*, que es un desarreglado amor á los placeres, capaz de inducir á grandes excesos en comer y beber, y á la satisfaccion de los sentidos; cuyo vicio trae consigo la *glotoceria*, la *embriaguez*, la *impureza* y todos los pecados consiguientes.

Respecto á los medios de adquirir la templanza, no cesaremos de recomendar como siempre la oracion, los ejemplos de Nuestro Señor y de los Santos, la idea de los males temporales y eternos que

<sup>1</sup> Et hæc triplex est, nempe virginalis, vidualis et conjugalis. Virginalis est omnimoda continentia. Vidualis est continentia post mortem conjugis, et hæc est minus perfecta quam virginalis. Conjugalis quæ consistit in fidelitate conjugum ad invicem et in usu legitimo et sancto matrimonii.

<sup>2</sup> D. Thom. 2, 2, q. 460, art. 1; Ferraris, art. *Virtutes*, n. 131.

la destemplanza acarrea, como son la vergüenza, el embrutecimiento, la miseria, las enfermedades, la impenitencia y los castigos particulares por una eternidad.

La tercera clase de virtudes comprende las tres teologales, fe, esperanza y caridad, las cuales, perfeccionando al hombre en sus relaciones con Dios, producen, animan y coronan las restantes virtudes, comunicando todo su mérito y valor<sup>1</sup>. Como las virtudes teologales se dejan ya explicadas en otro lugar, falta solo patentizar la relacion que tienen con las demás, así como la correlacion respectiva de todas ellas.

Conviene, pues, saber, 1º. que todas las virtudes morales se corresponden, enlazan y entreexcitan de tal manera, que es imposible poseer una en su perfeccion sin poseer las demás en mayor ó menor escala. En efecto, la virtud cumplida es el amor firme y constante del orden, el cual nos impele á buscar y hacer en todas las cosas lo mas conforme á la razon ilustrada por la fe; pero ese amor envuelve de necesidad las restantes virtudes, porque una persona no puede, por ejemplo, ser perfectamente justa si carece de fuerza, de templanza, de prudencia, ó en otros términos, si no posee este amor firme y constante del orden en materia de fuerza, de templanza ó de prudencia. Lo mismo debe decirse de las demás virtudes morales, que sin embargo en estado de imperfeccion pueden existir unas sin otras<sup>2</sup>.

Conviene saber 2º. que todas las virtudes en cierto grado son necesarias á la salvacion; por manera que nadie puede ser salvo si no posee á medida de su edad, de su clase ó de su educacion, la sabiduría, la ciencia, la inteligencia, la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, la fe, la esperanza, la caridad y las demás virtudes especiales que nacen y emanan de estas virtudes matrices. Afirmar lo contrario seria pretender que un árbol estéril es un buen árbol, que un criado ocioso es un buen criado, y que el discípulo de un Dios modelo de toda virtud es un buen discípulo aun cuando no le imite, ni haga el menor caso de sus palabras: *El ejemplo os he dado para que hagais lo que yo: aprended de mí que soy manso y humilde de corazon*, y tantas otras en que expresamente nos manda no solo evitar el mal, sino practicar el bien: además seria dar un formal mentis á todos los Santos, que por la doble predicacion de sus escritos y de sus ejemplos

<sup>1</sup> I Cor. XIII.

<sup>2</sup> Omnes virtutes morales, sive cardinales, sive eis adjunctæ, sunt ita inter se connexæ, ut nulla prorsus absque cæterarum comitatu obtineri possit in statu perfecto. (Ferraris, art. *Virtutes*, n. 91; S. Aug. *Epist.* CLXVII. — Virtutes si sint disjunctæ, non possunt esse perfectæ secundum rationem virtutis, quia nec prudentia vera est, quæ justa et temperans et fortis non est. (S. Greg. *xxii Moral.* c. 4; D. Thom. 1, 2, q. 65, art. 1.) — Potest tamen una (virtus moralis) sine cæteris aliis esse in statu imperfecto. (D. Thom. id. id.; Ferraris, art. *Virtutes*, n. 91.)

nos hicieron ver la necesidad de la virtud. Es por consiguiente de la mayor importancia para cada uno de nosotros, segun hemos dicho, penetrarse bien de esta obligacion, estudiar con esmero las diferentes virtudes en su índole, en sus cualidades, en su aplicacion, y en los medios de adquirirlas. Estos medios son, en primer lugar, los que dejamos indicados para cada virtud en especial, y el mejor de todos ejercer actos virtuosos, por cuanto no se posee virtud alguna en su perfeccion sino practicando estos actos *pronta, fácil, alegre y resueltamente* <sup>1</sup>.

Conviene saber 3º. que todas las virtudes intelectuales y morales, separadas de las teologales, en nada aprovechan á la salvacion. Por sí mismas solo pueden impulsarnos á un bien natural, humano, de mera razon, inconducente para nuestro bien sobrenatural, y para llegar á Dios y á nuestro fin definitivo. Estas preciosas ventajas no alcanzarán á producir las sino estando animadas y ennoblecidas por las tres grandes virtudes del orden sobrenatural, que tienden directamente á Dios; advirtiendole que no solo las virtudes intelectuales y morales, sino la misma fe y la esperanza no bastarán á conducirnos al cielo á menos de acompañarlas la caridad. La caridad es efectivamente la madre fecunda que produce todas las virtudes verdaderas, la reina augusta que las enaltece y las corona; sin ella no hay virtud digna de tal nombre; con ella todas las virtudes bastan, en grado suficiente, á guiar á la eterna bienaventuranza <sup>2</sup>.

Resumamos este magnífico sistema de las virtudes, como él mismo resume la doctrina del divino Reparador del hombre caído. Así como hay diez mandamientos de los cuales dependen, y á los cuales se refieren todos los demás, así tambien hay diez grandes virtudes de las

<sup>1</sup> Prompte, faciliter, delectabiliter, perseveranter.

<sup>2</sup> Qui non diligit manet in morte (I Joan. III, 14); sed per virtutes perficitur vita spiritalis; ipsæ enim sunt quibus recte vivitur, ut S. Aug. dicit lib. II de Liber. arbitr. c. 17, 19. Ergo non possunt esse sine dilectione caritatis... virtutes morales prout sunt operativæ boni in ordine ad finem qui non excedit facultatem naturalem hominis, possunt per opera humana acquiri; et sic acquisitæ sine caritate esse possunt, sicut fuerunt in multis gentilibus. Secundum autem quod sunt operativæ boni in ordine ad ultimum finem supernaturalem, sic perfecte et vere habent rationem virtutis; et non possunt humanis actibus acquiri, sed infunduntur à Deo; et hujusmodi virtutes morales sine caritate esse non possunt. (D. Thom. 1, 2, q. 65, art. 2.) — Fides et spes sine caritate possunt quidem aliquantulum esse (secundum inchoationem quamdam); perfectæ autem virtutis rationem sine caritate non habent. (Id. id. art. 4; I Cor. XIII.) — Per caritatem tota lex impletur; sed tota lex impleri non potest nisi per omnes virtutes morales, quia lex præcipit de omnibus actibus virtutum. Ergo qui habet caritatem habet omnes virtutes morales. S. Aug. etiam dicit, quod caritas includit in se omnes virtutes cardinales... Respondeo dicendum quod cum caritate simul infunduntur omnes virtutes morales. (Divus Thom. 1, 2, q. 65, art. 3.) — Véase para mayor explicacion la excelente obra titulada: *Tratado de las virtudes cristianas*, por el abate C. Busson, canónigo de Besançon.

cuales dependen y á las que se refieren todas las otras, siendo estas virtudes: la sabiduría, la ciencia, la inteligencia, la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, la fe, la esperanza y la caridad. Así como hay tres mandamientos que regulan nuestras relaciones con Dios, y siete que regulan las concernientes á nosotros y al prójimo, tambien hay tres virtudes referentes á Dios, y siete relativas á nosotros y al prójimo. Así como los diez mandamientos se refieren al precepto de la caridad, tambien todas las virtudes se refieren á la caridad, que es el primero y último término de todas ellas. De este modo las tres primeras virtudes, dichas intelectuales, perfeccionan nuestra mente adaptándola á la nocion de la verdad; las cuatro segundas, dichas morales y cardinales, perfeccionan nuestra voluntad adaptándola á obrar el bien, y las tres últimas, dichas teologales, perfeccionan juntamente el entendimiento y la voluntad, predisponiendo uno y otra á entrar en relacion con Dios y obrar el bien sobrenatural, y conduciéndonos por tanto á la felicidad omnimoda, que es nuestra union con Dios por medio de la caridad en este mundo y en el otro.

Es, pues, una verdad que las virtudes se enlazan unas con otras, y tienen todas por objeto único el desarrollo del hombre en Dios, al través de los embates de la vida hasta florecer en él completamente en el seno de las eternas fruiciones; porque el cielo es el amor. ¿Conoceis cosa mas deliciosa, mas aventajada, y mas digna del hombre y de Dios?

Para que mejor resalte y se aprecie este encadenamiento maravilloso por medio de un gran contraste, observemos que todos los vicios se enlazan tambien unos con otros, y que juntos tienen por último objeto debilitar y amancillar al hombre haciéndolo esclavo del mal al través de las luchas de la vida, hasta que puedan encadenarle en los tormentos de una eternidad desgraciada, porque el infierno es el odio.

Odio ó amor, infierno ó cielo, hé aquí la expresion suprema de la doctrina del Maestro divino, así como la explicacion definitiva del hombre y de la vida, del tiempo y de la eternidad.

El Hijo de Dios, que descendiera á la tierra para aleccionar al linaje humano, consagró especialmente los cuarenta dias posteriores á su resurreccion á iniciar á los Apóstoles en los secretos de su doctrina, y hacerles conocer la perfecta inteligencia de las Escrituras, el fin para el cual el Verbo eterno hubo de descender á la tierra y quiso nacer, vivir y morir; la necesidad de unírsele todos los hombres por medio de la fe, la esperanza y la caridad; la condicion y el medio indispensable de granjear esta union, esto es, la gracia y la oracion; el objeto de la propia union en el tiempo, la imitacion de su vida, y en la eternidad la participacion de su gloria; la causa única que pueda

contrastar esta union santa, y reducirnos á la servidumbre del demonio, el pecado, y los remedios para ese mal único, las postrimerias y las virtudes : todo esto fué hecho notorio á los Apóstoles, y ellos quedaron en situacion de comunicárselo al universo. ¿Qué mas le faltaba hacer al nuevo Adan antes de remontarse al cielo?

Por un lado las generaciones venideras quedaban ya emplazadas para esta union con él, principio único de su regeneracion y de su salud; por otro, ya no habia nadie á quien instruir, y de consiguiente la mision terrestre del Salvador estaba llenada. Mas al objeto de perpetuar la obra de su redencion, y hacer accesibles sus beneficios á todos los pueblos hasta la consumacion de los siglos, sustituyese en otro él : establécese un vicario, á quien va á confiar la plenitud del poder que recibió de su Padre, en quien va á descargar la importante tarea de propagar y dar cima á la grande obra pue ha incoado. Jamás hombre alguno se vió sublimado á tan esclarecida dignidad; jamás responsable mas formidable pesó sobre un mortal : ¿quién será este lugarteniente del Hijo de Dios? ¡Oh abismo de misericordia y de sabiduria! aquel mismo será que poco antes renegara tres veces de su Maestro á la voz de una criada. ¡Lo que hay de mas débil, para la obra mas trascendental! ¡una caña, para sostener el universo! ¡un gran pecador, para constituirse doctor de la fe y padre de los Cristianos! En una palabra : este vicario del nuevo Adan es san Pedro. Nada mas sublime ni mas tierno á la par, que las circunstancias de esta ordenacion : oigamos su relato.

Pocos dias antes de ascender al cielo, el Salvador hallándose rodeado de sus Apóstoles, puso los ojos en Simon Pedro y le dirigió esta misteriosa pregunta : Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que todos estos? Ni Pedro, ni sus compañeros, podian imaginar á dónde se encaminaba una pregunta tan inesperada.

Hé aquí su sentido : Cuando un rey quiere confiar un cargo importante á alguno de sus súbditos, empieza por exigirle garantías; le pide una fianza; pero estas garantías y fianza han de ser proporcionadas á la eminencia del cargo, y eso es lo que hace Nuestro Señor. Este Pastor divino, que acababa de dar su sangre por sus ovejas, en el momento de dejarlas ha resuelto confiar su direccion y custodia á Pedro su discípulo; antes, empero, de condecorarle con tan insignes funciones le pide garantías, le exige una fianza : mas ¿qué fianza espera de un misero pescador que no tiene otra riqueza que su barquichuelo y sus redes? La mayor y mas segura que un hombre pueda ofrecer : el amor; pero amor llevado hasta el heroismo; amor dispuesto á inmolarse en servicio de su Maestro y por los intereses del cargo que se le confiere : tal es la fianza, tales son las garantías que el Hijo de Dios demanda á su discípulo.

Así, al dirigir á san Pedro esta pregunta : ¿me amas tú mas que

los otros? venia á decirle : yo quiero darte una prueba de confianza mayor que á los demás; ¿quieres tú en cambio darme una garantía mayor de inviolable fidelidad? ¿Me quieres, es decir, te hallas dispuesto, mas dispuesto que los otros, á sacrificar por mí y por tu rebaño salud, fuerzas y vida si conviniere? San Pedro le contesta con humildad : Señor, bien sabes cuánto te amo. Solo despues de recibida esta seguridad le dice el Pastor divino : Apacienta mis corderos. Penetrado de gratitud, Pedro conoció el infinito honor que le hacia su Maestro; y el Salvador, á fin de que se penetrara bien de la extension de su compromiso, preguntóle otra vez : Simon, hijo de Juan, ¿me amas? — Sí, Señor, repuso Pedro como la vez primera, bien sabes cuánto te amo. Y Jesús volvió á decirle : Apacienta mis corderos. — Los corderos del Salvador son los simples fieles.

Si el cargo de Pedro hubiese debido reducirse á guardar y apacentar, las seguridades que daba eran suficientes; pero su cuidado debia extenderse á los corderos y á las ovejas, á los fieles y á los pastores, y semejante tarea, echando el sello á la confianza del Maestro y á la gloria del discípulo, demandaba de parte de este una nueva garantía; por eso el Señor le preguntó tercera vez : Simon, hijo de Juan, ¿me amas? — Seria preciso tener con Jesús la confianza que tenia con él el primero de los Apóstoles para sentir como este lo amarga é inquietante que debió parecerle una pregunta tan reiterada : los recuerdos mas crueles se aglomeraron en su imaginacion : Pedro amaba mucho; pero eso mismo acrecentaba su temor de no amar lo suficiente, y turbado, confuso, brotando sus ojos lágrimas, respondió : ¡Señor, nada se te oculta : tú sabes cuánto te amo! Concluyóse la prueba; las garantías estaban dadas : el Salvador, satisfecho, le dijo : Apacienta mis ovejas.

Breve era esta frase; pero ¡cuán inmenso su significado, y cuán abundantemente compensó la pasajera alarma que el Apóstol acababa de sufrir! No era solamente los tiernos corderos, figura de los simples fieles, los que Jesús ponía bajo su custodia y direccion, sino los pastores especiales de los varios rebaños, representados por las ovejas y madres; pastores que por su lado apacientan cierto número de reses, y que reunidos con todas sus greyes, deben incluirse en un mismo redil bajo el cayado del pastor comun.

Así fué consagrado el primero de los Papas : una dignidad inmensa en cambio de un inmenso amor : tales fueron las condiciones de este contrato sublime celebrado entre el Criador y la criatura, entre el Maestro y su discípulo.

En virtud de las palabras de Jesús, Pedro fué constituido vicario suyo en toda la extension de su reino; obispo de los obispos, padre de los padres, obispo no solamente de una sede determinada, centro de la unidad católica, sino de la Iglesia universal, príncipe de los

pastores, ó lo que es lo mismo, insiguiendo la índole de su dignidad, siervo de los siervos de Dios. Tal es aun ahora y tal será siempre en el concepto de los fieles y pastores católicos el sucesor de Pedro y vicario de Jesucristo; por eso, obedeciendo á un instinto de religion comun á todos los miembros y órdenes de la Iglesia, el solo nombre de Sumo Pontífice nos penetra de aquella honda veneracion, mezclada de confianza y cariño, que los hijos bien nacidos prestan siempre á su padre, apellidándole todos *nuestro Santo Padre el Papa*, porque todos en general y cada uno en particular somos hijos suyos. ¡ Ay si dejamos alterarse estos sentimientos, ó trascordamos este lenguaje! Regularmente no hay prueba mas inequívoca de la decadencia de la fe en las familias y de una cercana defecion en los pueblos, que la disminucion de ese respeto y el enfriamiento de ese amor.

Nada, pues, mas augusto que la dignidad de la cual el Salvador revistió á su discípulo, á fin de que la transmitiera á sus sucesores; pero esta dignidad le imponia terribles obligaciones, y Jesús no quiso que las ignorase: categóricamente le manifestó hasta dónde se habia de extender ese amor que acababa de exigirle por fianza de su lealtad, diciendo: « Pedro, en verdad te digo que cuando eras mozo te » ceñías é ibas á donde querias, mas cuando ya fueres viejo exten- » derás tus manos y te ceñirá otro, y te llevará á donde tú no quie- » ras. » Por estas palabras le vaticinó el género de muerte con la que un dia glorificaría á Dios, es decir, el suplicio de la cruz.

Pedro no se acongojó por esta prediccion, y mas sensible á la honra de morir en la cruz en pos de su buen Maestro, que á la gloria de regir su Iglesia, nunca perdió de vista esta señalada é interesante profecía, pues treinta años despues, teniendo mas de sesenta de edad, suspiraba tras el cumplimiento del oráculo, escribiendo á los fieles, de quienes era en todo reverenciado como un padre, estas palabras: « Queridos hermanos míos, conviene que me apresure á exhortaros é » instruiros mientras estoy preso en esta carne mortal. Soy ya viejo, » y luego dejaré el tabernáculo de mi cuerpo segun me lo ha dado » á entender Nuestro Señor Jesucristo <sup>1</sup>. »

El Hijo de Dios, dirigiéndose despues á los demás Apóstoles, les dijo con tanto amor como majestad: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra: id, enseñad á todas las naciones: nada temais. yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* Su mision terrestre estaba concluida: la Iglesia queda fundada; solo le falta volverse al lado de su Padre y preparar la venida del Espíritu vivificador que animará el cuerpo místico que acaba de constituirse.

Despues de prometer á los Apóstoles que el Paráclito descendería sobre ellos para trocarles en hombres nuevos y ponerles en aptitud

<sup>1</sup> II Petr. 1, 14.

de dar testimonio de él en Jerusalem, en Judea, en Samaria, en Galilea y hasta en los últimos confines del globo, Jesús se levanta y les conduce al lugar de Bethania; y seguido de todos, llegando al monte Olivete, teatro no há mucho de sus humillaciones y dolores, y ahora teatro de su gloria, el divino Maestro extiende sobre ellos las manos para bendecirles; de repente empieza á elevarse á sus ojos; insensiblemente piérdelo de vista, y una nube luminosa le recibe, cual carro de triunfo en el cual será arrebatado hasta las alturas, volando en medio de las aclamaciones de la celestial milicia á tomar, á fuer de primogénito de sus hermanos y caudillo del género humano, posesion en nuestro nombre de la gloria eterna, en cuyo centro se sitúa, junto con nuestra humanidad, sobre un trono enaltecido, á la diestra de Dios Padre.

Desde allí, Pontífice supremo, Mediador, Abogado, Esposo de la Iglesia, está velando por nosotros, abogando por nuestra causa, dirigiendo la nave al través de los escollos, hasta que logre atraerla con todos sus tripulantes al borde de las celestes playas. Él intercederá por nosotros, y dejará bogar la barquilla inmortal de Pedro, hasta concluirse la prueba del tiempo concedido á la raza humana para su rehabilitacion. Entonces vendrá á segregarse eterna y definitivamente á los que salieren de la vida purificados, de los que hubieren abusado falleciendo mas impuros que nacieron: tal es la verdad formidable que en aquel propio momento hizo él anunciar á los Apóstoles, y por estos al universo. En efecto, mientras permanecian aun con los ojos clavados en el cielo, aparecióseles dos Ángeles en figura humana, con blancas vestiduras, y les dijeron: Hombres de Galilea, ¿ qué haceis ahí contemplando el cielo? Este Jesús que á vuestra vista se ha subido, así vendrá con el mismo poder con que al cielo le habeis visto ir. Entonces los Apóstoles, adorando por última vez á su divino Maestro, regresaron á Jerusalem. Reunidos allí con la Virgen santa, entran en el Cenáculo para dar comienzo á aquella vida de retiro, modelo de todas las vidas, que debia terminar con tantísimos prodigios, si gloriosos para el Salvador, no menos consoladores para nosotros.

#### ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme hecho nacer en el gremio de la Iglesia católica: hacedme gracia de que pueda vivir y morir en ella santamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me asociaré á la *Propaganda de la Fe*.